

sólo a partir de la misma enfermedad, sólo a partir de *Der Zauberberg* o de la epidemia vienesa, sólo elevando el arte sobre el *Klage*. En las páginas de Mann, en las páginas de Joyce. Wolf, que buscaba con su muerte la sintaxis azul de Platón, llevará como bagaje su obra no hecha. Cientos de adolescentes, como Wolf de Kalckreuth, incapaces de asumir la creación, toman el camino del suicidio; otros, el de un arte débil; otros se incapacitan para dicha creación al contemplar lánguidamente sus posibilidades que nunca llevan a cabo. Es el caso de Walter, personaje de *Der Mann ohne Eigenschaften*, el inacabado misterio de Musil.

Mientras se esparce por el orbe la voz de los sepultureros de Occidente, con obras que en vez de introducirse en la decadencia hablan de ella, existen también, más o menos esparcidos, aquellos que consiguen de la enfermedad la obra fuerte: Rilke, Mann, Musil, Joyce, Eliot, etc. Los artistas de la voluntad. Frente a Apollinaire, veo cómo existe la poesía en y fuera de la lengua francesa. En los tumultuosos campos se alza la belleza del ciprés y, a veces, la rosa, no la rosa de entre páginas, sí una rosa nuevamente, por siempre creada. En el crepúsculo de los pueblos la poesía todavía no ha sido hecha. Al cabo, la decadencia es un motivo.

III

Juan Larrea, prosiguiendo la labor de dibujar el vuelo del Espíritu sobre la historia, nos ha entregado un libro (*) que se sumerge en la crisis para, al cabo, acceder a las soluciones. Ha tratado de descifrar signo por signo el corazón del arte de la época. El rastro que he seguido a través de la mirada de un vidente —Hölderlin— (de Paganini solamente se puede seguir la lucha entre fuerza y demonio) se amplía en la densa cultura del autor de *Versión celeste*. En Larrea, el profundo conocimiento de lo francés corre paralelo a una recapitulación de su experiencia literaria. En sus manos, de igual manera, el surrealismo queda definido desde una postura interna, como allegado a su ideología, y desde otra externa, como buscador inagotable de una expresión ligada al espiritualismo, al humanismo, a la trascendencia:

Siendo así que:

*«la tinta que se desprende de mi pelo
a cada temblor de lira,
oscurece el sentido de una imagen lejana.»*

Larrea, más allá de un lema, sabe de una efigie.

(*) Juan Larrea: *César Vallejo y el surrealismo*. Visor, Madrid, 1976.

IV

Su último libro es más que una réplica a Coyné, más que una enumeración de datos, más que un emotivo recuerdo de Vallejo: es una profecía. Por lo tanto nos movemos en los confines de la conciencia, *Oeil qui gardes en toi / Tant de sommeil sous un voile de flamme*, en el sueño que descubre una tierra a la que otorga nombre y tiempo. Cipango se hace realidad y el hombre vuelve a tener aurora. Será América, la América de Vallejo, la América que habla español y que recoge a los hijos del exilio, más mirando hacia el futuro que agradeciendo el pasado.

Existen dos cantores y una síntesis. Dos voces matinales frente al crepúsculo del otro lado del Atlántico: Darío y Martí. Mientras que en Europa los poetas se han convertido en magos bizantinos, mientras que, casi otomano, urge el pánico a las puertas del continente eterno, la voz epidérmica de los cantores americanos encuentra rápido eco, alcanzando el oído que esperaba oír. Vallejo, la síntesis, sentirá el crimen consumado de Europa: *España, aparta de mí este cáliz*. Después sólo América será posible. Larrea ha sido vidente: el 36 español es punto final de un ciclo, amanecer de otro. Como toda visión —no en el aspecto retrospectivo, más bien en el futuro que conlleva— es profética y poética; por tanto, estela en los pórticos, indiscutible.

En el epílogo del *Apocalipsis* se anuncian plagas para quien añadiese algo al texto de San Juan. Larrea, exegeta de la respuesta de Corinto, no ha añadido, ha vislumbrado solamente cómo la Palabra se reúne al cabo con la Historia. El apocalipsis se alimenta de la sangre de España, Finisterre se ha hundido y queda abierto el camino, el *plus ultra*. Como los brazos de un cíclope el Nuevo Continente enlaza los polos, hacia él se traslada la llama que un día se encendió en el Oriente de cálidos deltas. Vallejo es voz de esa aurora. Coyné, como muchos otros, aferrados a la inefable palabra europea, no supo verlo. La respuesta de Larrea ha atado hilo por hilo. Suyo es el telar.

V

Yo hablaría de aquel rastro que pasaba por conciencias hermosas, lúcidas, divinas, demoníacas. Es un rastro que si concluye en el surrealismo francés de Breton o en los escorpiones del viejo Antonín, inventa la conclusión de Europa. Pero volvería a los artistas de la voluntad. Ellos son paradigma de cómo la cultura puede establecer unas bases cósmicas. América, de acuerdo con Larrea, puede repre-

sentar un nuevo humanismo, pero, quizá, en la clara visión no han encontrado lugar las corrientes que yo llamaría paralelas: el exceso del surrealismo no termina con Occidente. Recuerdo dos ejemplos que no me resisto a señalar: Elliot, en el que se dan cita el nacimiento americano y la poderosa llamada europea, y Saint-John Perse, en quien la epopeya del exilio alcanza su matiz y su gloria, latiendo en sus versículos las costas recién descubiertas, la pátina virgen que desvela el visionario, evocando el olor extraño de los puertos en las tierras del sol. También en Vallejo estuvo presente la tensa viabilidad entre los dos mundos. De la misma manera que Grecia, nunca *post-mortem*, hizo su periplo inmortal por la conciencia de Occidente para ser cénit en Hölderlin, ejemplo en Nietzsche, lección de *Dasein* en Heidegger, América no puede prescindir de Europa, como a ésta no le cabe la ignorancia. La profecía americana es la profecía de la cultura universal. Si no, quién sabe, acaso Baudelaire diría:

*Quelle est cette île triste et noire? - C'est Cythère,
Nous dit-on, un pays fameux dans les chansons,
Eldorado banal de tous les vieux garçons.
Regardez, après tout, c'est une pauvre terre.*

JULIO M. MESANZA. (Calle Eugenio Salazar, 42. MADRID-2.)

SOBRE LA UTILIZACION DE FUENTES EN "EL RUEDO IBERICO"

1. El propósito de este trabajo es señalar algunas fuentes de *El ruedo ibérico* y analizar cómo fueron utilizadas por Valle-Inclán. Uno de los recursos de que se vale la novela histórica consiste en incluir en el discurso narrativo otros discursos de diversa procedencia: libros de historia, memorias, cartas, periódicos, etc.; luego el autor introduce o no modificaciones en estos documentos con objeto de acomodarlos a su universo novelesco. Valle-Inclán se refiere a este procedimiento en una entrevista publicada en *ABC* el 3 de agosto de 1930:

En esta clase de obras históricas la dificultad mayor consiste en incrustar documentos y episodios de la época. Cuando el relato me da naturalmente ocasión de incrustar una frase, unos versos, una copla, un escrito de la época de la acción, me convengo de que todo va bien. Pero si no existe esa oportunidad no hay duda de que va mal. Eso puede ocurrir en toda obra literaria. Cuando escribía yo la *Sonata de primavera*, cuya acción pasa en Italia, Incrusté un episodio romano de Casanova para convencerme de que mi obra estaba bien ambientada e iba por buen camino. El episodio se acomodaba perfectamente a mi narración. Shakespeare puso en

boca de su Coriolano discursos y sentencias tomados de los historiadores de la antigüedad; su tragedia es admirable porque, lejos de rechazar esos textos, los exige. Ponga usted en cualquiera de esas obras históricas de teatro que se estrenan ahora, palabras, discursos y documentos de la época, y verá usted cómo les sientan... (1).

2. El primer «documento de la época» que vamos a considerar está insertado en el capitulillo XIII del último libro de *La corte de los milagros*. Se trata de un discurso que el rey consorte de Isabel II dirige, en la novela, a González Bravo, flamante presidente del Consejo de Ministros tras la muerte de Narváez. Cuando González Bravo, cumpliendo deberes de etiqueta va a visitar al rey don Francisco, escucha asombrado lo siguiente:

Me alegro que seas tú quien recoja la herencia del pobre Narváez. Yo estoy muy contento porque conozco tu lealtad y sé que siempre has querido mucho a Isabelita. Mi Persona también ha recibido de ti señaladas muestras de afecto... Además, no soy rencoroso... Si lo fuese, es posible que en estos momentos tuviese de ti alguna queja muy grande: Me la reservo y no quiero reconvenirte... Se ha omitido consultarme para la provisión de cargos en Palacio. Se ha querido, sin duda, con esa actitud, ultrajar mi dignidad de esposo, mayormente cuando mis exigencias no son exageradas. Que Isabelita no me ame es muy explicable... Yo la disculpo, porque nuestro enlace no dimanó del afecto y ha sido parto de la razón de Estado. Yo soy tanto más tolerante cuanto que yo tampoco he podido tenerla cariño. Nunca he repugnado entrar en la senda del disimulo, y siempre actué propicio a sostener las apariencias para evitar un desagradable rompimiento... Pero Isabelita, o más ingenua o más vehemente, no ha podido cumplir con este deber hipócrita, con este sacrificio que exigía el bien de la Nación. Yo me casé porque debía casarme... Porque el oficio de Rey lisonjea... Yo entraba ganando en la partida y no debí tirar por la ventana la fortuna con que la ocasión me brindaba, y acepté con el propósito de ser tolerante para que lo fueran igualmente conmigo. ¿Y qué consideración se me guarda? No hablo sólo por mí. Esos nombramientos van a escandalizar en la Nación. ¡La Nación no puede tolerar dignamente el espectáculo y el escarnio que se hace del tálamo! ¡Godoy ha guardado siempre las mayores deferencias a mi abuelo Carlos IV! En ningún momento ha olvidado que era un vasallo. ¡Cierto que son otros los tiempos! Pero el respeto a las jerarquías debe ser una norma inquebrantable. Es la clave del principio monárquico. Mi abuela María Luisa no sé lo que haya

(1) Según dice Fernández Almagro en su *Vida y literatura de Valle Inclán* (Madrid, 1943), el autor expresó conceptos semejantes en 1922, en un banquete celebrado en Fornos para agasajarlo. Entonces se decidió a contestar a la acusación de plagio que le había lanzado Julio Casares muchos años antes: «Si aproveché unas páginas de las *Memorias* del caballero Casanova en mi *Sonata de primavera* fue para poner a prueba al ambiente de mi obra. Porque de no haber conseguido esto, la interpolación desentonaría terriblemente...» (p. 220).

tenido con Godoy. ¡Allá su conciencia! Lo que todos sabemos es el profundo respeto y amor que siempre mostró a su Soberano el Príncipe de la Paz. Pero mi situación es muy otra, y con ser tan bondadoso el abuelo dudo que la hubiera soportado. La Reina, con su conducta, se hace imposible a mi dignidad y a la del pueblo español.

Ahora bien, lo asombroso es que Valle-Inclán utiliza en esta ocasión un discurso que —según los historiadores— el rey había pronunciado muchos años antes en circunstancias muy diferentes. Después de su casamiento, Isabel II y Francisco vivieron separados, con gran escándalo de la corte, porque la reyerta real se hizo pública y provocó varias crisis de gabinete. El rey decidió vivir en El Pardo mientras Isabel estaba en La Granja o Aranjuez. En cierta ocasión quiso volver al palacio de Oriente, cuando Isabel no estaba, pero esto no se le permitió. El escándalo trascendió y Francisco puso condiciones para el reencuentro, que se produjo, por fin, el 13 de octubre de 1847, después de muchas idas y venidas de mensajeros. El más importante fue el entonces ministro de la Gobernación, Benavides, quien mantuvo una entrevista con el rey que Ildelfonso Antonio Bermejo narra de esta manera en *La Estafeta de Palacio*:

Entrados en diálogos confidenciales, el Rey no tuvo empacho en manifestar sus sentimientos. Pero aquí conviene saber en qué forma se expresaron los interlocutores. Hablaba Benavides en esta sustancia: «Esta separación no puede prolongarse, porque ni favorece a la Reina, ni favorece a V. M.» —«Lo comprendo, respondía Don Francisco; pero se ha querido ultrajar mi dignidad de marido, mayormente cuando mis exigencias no son exageradas. Yo sé que Isabelita no me ama, y yo la disculpo, porque nuestro enface ha sido hijo de la razón de Estado y no de la inclinación; y soy tanto más tolerante en este sentido, cuanto que yo tampoco he podido tenerla cariño. Yo no he repugnado entrar en el camino del disimulo; siempre me he manifestado propicio a sostener las apariencias para evitar este desagradable rompimiento; pero Isabelita, o más ingenua o más vehemente, no ha podido cumplir con este deber hipócrita, sacrificio que exigía el bien de la nación. Yo me casé porque debía casarme, porque el oficio de Rey lisonjea; yo entraba ganando en la partida, y no debí tirar por la ventana la fortuna con que la ocasión me brindaba, y entré con el propósito de ser tolerante, para que lo fueran igualmente conmigo; para mí no habría sido nunca enojosa la presencia de un privado.» En eso le interrumpió Benavides para decirle: «Permítame V. M. que observe una cosa: lo que acaba de afirmar relativamente a la tolerancia de un valido, está en contradicción manifiesta con vuestra conducta de hoy, porque, según veo, la privanza del general Serrano es lo que más le retrae para entrar en el buen concierto que solicitamos.» Entonces el Rey, con singular entereza, respondió: «No lo niego; ese es el

obstáculo principal que me ataja para llegar a la avenencia con Isabelita. Despidase al favorito, y vendrá seguidamente la reconciliación, ya que mi esposa la desea. Yo habría tolerado a Serrano; nada exigiría si no hubiese agravado mi persona; pero me ha maltratado con calificativos indignos, me ha faltado al respeto, no ha tenido para mí las debidas consideraciones, y por lo tanto le aborrezco. Es un pequeño Godoy, que no ha sabido conducirse; porque aquél, al menos, para obtener la privanza de mi abuela, enamoró primero a Carlos IV.» Escuchaba el ministro de la Gobernación y quedaba estupefacto. Conociólo Don Francisco, y quiso corregirse, y añadió: «El bien de quince millones de habitantes exige estos y otros sacrificios. Yo no he nacido para Isabelita ni Isabelita para mí, pero es necesario que los pueblos entiendan lo contrario. Yo seré tolerante, pero desaparezca la influencia de Serrano, y yo aceptaré la concordia» (2).

Al comparar los textos vemos que Valle ha repetido frases enteras del presunto discurso del rey, tal como lo trae Bermejo. Pero si bien *La Estafeta de Palacio* es una de las obras más utilizadas por Valle —ya lo señaló Fernández Almagro— en este caso lo importante no es descubrir la fuente, ya que estas palabras del rey figuran en casi todas las historias del siglo XIX (3), sino ver cómo el autor ha utilizado un texto «de época».

Es evidente que Valle-Inclán retuvo el singular discurso y decidió utilizarlo en un momento oportuno de su novela: la visita protocolar de González Bravo tras el cambio de gobierno. Colocado casi al final de *La corte de los milagros* —y en un final climático— el texto adquiere más relevancia y se utiliza, dentro de la economía novelesca, para redondear la figura del desgraciado rey. Valle tuvo que suprimir las referencias a la privanza del general Serrano por necesidad histórica, pero dejó el término de comparación —la conducta de Godoy con Carlos IV— e introdujo modificaciones *dignificando* el discurso del rey, que en Bermejo suena más chabacano y ridículo. Quizás Valle pensó que sus lectores no encontrarían verosímil la frase que tanto entusiasmó a los historiadores: «Godoy (...) para obtener la privanza de mi abuela, enamoró primero a Carlos IV». Este es uno de los casos —hay más en la novela— en que Valle no ha deformado grotescamente la realidad, como podría esperarse en un esperpento, sino en que más bien ha seleccionado estéticamente, para no caer en el panfleto.

(2) Ildefonso Antonio Bermejo: *La Estafeta de Palacio (Historia del reinado de Isabel II)*, Madrid, 1872, t. III, pp. 786-787.

(3) Miguel Morayta en su *Historia general de España* reproduce la entrevista y aclara que sigue la «sabrosa narración del monárquico conservador Bermejo» (ed. de 1896, t. VII, pp. 1198-1199). Pirlala también la reproduce y se excusa diciendo que lo hace porque ya ha sido publicada y ha tenido tan amplia difusión.